

NEVER WINTER NIGHTS

POR CARLOS GONZALEZ

“The soul is a veiled light, neglect it and it will dim and die. Fuel with the sacred oil of love and it will burn with an immortal flame.”

Sung at the temples of Amón – Ra

1

Abrió los ojos lentamente; suavemente el entorno pasó de ser una imagen borrosa a una nítida realidad. La habitación estaba hecha de bloques de piedra, tanto el techo, las paredes y el suelo; no se oía nada más que la respiración de ella misma. Todo estaba iluminado por unos cristales que emitían luz, empotrados en los muros. Un leve olor a humedad flotaba en el aire.

Lentamente se puso de pie e intentó poner orden en su mente. No recordaba como había llegado allí; lo último que su memoria evocaba era la lectura de un libro aburrido en la cama en un intento por conciliar el sueño, en la que ella creía que fue la noche anterior. La habían vestido con pantalones y una camisa; todo de color gris.

Tan pronto como sus sentidos tomaron contacto completo con el entorno, la angustia asaltó a la mujer. Comenzó a caminar hacia el arco de la habitación y vio un pasillo iluminado pobremente que se extendía en ambas direcciones.

Gritó varias veces intentando encontrar a alguien más. Comenzó a caminar al azar, sin dirección planeada. Y a medida que recorría el lugar, la desesperación comenzaba a teñir sus venas. Sólo había pasillos, habitaciones vacías, cruces, más pasillo y más habitaciones vacías.

Corrió. Y cuando ya no pudo correr más, caminó. Completamente desesperada y desolada, gritó hasta que la garganta le pareció explotar...

Cayó totalmente agotada y se durmió en una de las habitaciones vacías. En sueños le pareció oír una batalla de bestias y metal. Cuando despertó, el ahogo y la desesperación la volvió a inundar; comenzó otra vez una frenética carrera sin rumbo previsto, hasta que cayó exhausta nuevamente...

Al despertar, una sed atroz le cerraba la garganta, tambaleándose comenzó a caminar; el ligero pie de ella se apoyó en un segmento de color diferente del pasillo; la baldosa se hundió un centímetro y el segmento entero del suelo cayó hacia un vacío sin fin. Ella no pudo siquiera pensar que estaba cayendo.

Sintió una mano que la sujetaba de pronto... y luego oscuridad.

Recobro el conocimiento poco a poco. Él la miraba desde el otro extremo de la habitación con aire de preocupación.

- ¿Qué sucedió? – pregunto ella todavía somnolienta.

- Activaste una trampa de foso. Escuché tus pasos a la vuelta del pasillo y corrí a dirigirme a tu encuentro esperando en realidad a un enemigo. Justo en el momento en que el piso cedía y comenzabas a caer, me di cuenta de que no lo eras. Alcancé a sujetarte a duras penas. ¿Cómo te sientes?

- Bien.

El hizo una pausa.

- ¿Cómo te llamas?

- Soy Griselda. ¿Y tú?

- Mi nombre es Alejandro.

Los dos se miraron mutuamente por un instante.

Griselda se puso de pie y observó con aire de nueva preocupación la habitación.

- Es igual a todas las demás - murmuró para si misma. - ¿Qué lugar es este?

Alejandro la miró a los ojos y respondió

- Es una especie de laberinto. Desperté aquí hace más de un mes.

- ¿Por qué estoy aquí? ¡Yo no hice nada! – Gritó Griselda. La mujer rompió en terrible llanto, temblando como una hoja

Alejandro se incorporó y le ofreció una cantimplora con agua.

- Bebe. Has dormido todo el día y casi no pude darte de beber. – Griselda tomó la cantimplora agitadamente y bebió toda el agua que poseía.

- También tengo algo de raciones secas, no debes preocuparte, no son venenosas – Le alcanzó el pequeño paquete a la mujer. Griselda comió apresuradamente las raciones de cereal y fruta seca. Luego de terminar, se recostó contra la pared y durmió nuevamente.

Alejandro se puso de pie y se apoyó contra el umbral de la habitación, velando por el sueño de la mujer.

2

Griselda despertó sobresaltada al oír el terrible grito de agonía de la bestia. Se incorporó llena de terror y observó como Alejandro sostenía en sus manos una espada corta ensangrentada y a sus pies yacía inmóvil un aullador.

Ella ahogó un grito de terror. Alejandro se volvió y le habló de esta forma.

- Este laberinto esta plagado de bestias horribles como estas. Cada una de ellas posee en su interior una llave diferente; cada llave abre ciertos muros que conducen a otros segmentos del laberinto.

Griselda permaneció en silencio, observando hipnotizada al inmenso y espinoso animal muerto.

- Si encontramos la llave correcta y el muro apropiado, creo que podremos salir de aquí.

- ¿Me lo prometes?

- Prometo no dejar de buscar la salida, pero no puede asegurarte de que la hallaremos

- Eso es suficiente para mí - Griselda sonrió.

Descansaron esa noche sobre el suelo de la habitación que seguía después de la bifurcación del pasillo. Cuando despertaron, comieron una porción de las raciones secas que Alejandro poseía y continuaron el camino. Algunas horas después, dieron con un esqueleto apoyado contra uno de los muros. La mano derecha empuñaba aún una espada larga, ricamente adornada; Alejandro la tomó y la observó detenidamente. En ese preciso momento, unos caracteres dorados se iluminaron pálidamente y dejaron ver una inscripción en la hoja, cerca de la empuñadura.

- Esto si es buena fortuna – murmuró Alejandro. Envainó la Vengadora Sagrada en el cinto y continuaron caminando.

Subitamente, él se detuvo de pronto.

- Griselda, no des un paso más

Pero ella ya lo había efectuado. Dos muros cayeron desde el techo y encerraron a los dos en el segmento del pasillo, un silbido agudo comenzó a sonar. Los dos sintieron que el aire se escapaba del lugar en el que estaban encerrados; unos segundos después, la cámara quedó al vacío. Griselda gritó, y al hacerlo expulsó la última reserva que tenía. No tardó en caer inconciente.

Alejandro, se abalanzó rápidamente contra uno de los muros intentando encontrar el mecanismo para desactivar la trampa. Los segundos pasaban y al no hallarlo, se dirigió hacia Griselda, la tomó por el rostro y le infundió su propio aire para que la mujer viviera. Rápidamente, regresó en frenética búsqueda otra vez hacia el muro...

Ya sintiéndose desfallecer, la mano tropezó contra una ranura minúscula, cerca de la unión de la pared con el techo. Con un estruendo, los muros se elevaron y el aire regresó.

Griselda no respiraba. Alejandro, sin esperar a recuperar el aliento, regresó a la mujer y comenzó a reanimarla. Finalmente, el pecho de la mujer comenzó a expandirse y contraerse por sí sólo. Unos minutos después, Griselda abrió los ojos.

- ¿No te cansas de salvarme? – murmuró ella, cuando recuperó la conciencia y el aliento.

Alejandro sonrió y la ayudó a incorporarse. Descansaron hasta que recuperaron las fuerzas.

Cuando continuaron con el camino, se tomaron de la mano.

Una semana después, ya casi declinando la jornada y buscando un lugar para descansar, Griselda activó accidentalmente una trampa de flechas. Diez saetas salieron disparadas desde los muros; tres alcanzaron a Griselda y una a Alejandro. Sin tiempo a recuperarse, tres Noctalas y un Diablo de la Sima fueron liberados. Alejandro batalló con la flecha clavada en el muslo izquierdo durante horas, aniquiló primero a las horripilantes noctalas y luego, en una estocada afortunada y crítica contra el ajeno, alcanzó la victoria. Al caer, el diablo liberó otra llave.

Cuando Alejandro volvió a Griselda, pudo observar detenidamente el daño. Las dos primeras flechas estaban incrustadas sobre las costillas del lado izquierdo; la tercera sólo había rozado el cuello sin dejar más que un rasguño. Quitó con suavidad infinita los proyectiles, lavó y vendó las heridas.

Durante días, Griselda padeció una fiebre terrible y estuvo al borde de la muerte. Alejandro sólo dormía unos puñados de minutos, sobresaltándose con el menor quejido de ella. La alimentó, le dio de beber y le cambió los vendajes; le improvisó una cama con su ropa y algunas maderas que encontró en las habitaciones vecinas.

La cuidó con tanto celo y dedicación que finalmente ella se restableció. La séptima noche, Griselda despertó y lo vio a él, arrodillado, murmurando una plegaria a los dioses, suplicando por la vida de ella. Al verla despierta y con buen semblante, Alejandro corrió a abrazarla; ella se dejó caer en los brazos de él.

- Temí por tu vida más que por cualquier otra cosa en el mundo.

Griselda separó el cuerpo levemente y besó a Alejandro en los labios.

- Lo sé.

Luego de descansar durante unas horas más, ella ya se encontraba con las fuerzas suficientes como para continuar la marcha. Continuaron hacia el fin del corredor y allí introdujeron la llave que había liberado el diablo; un nuevo pasillo se abrió frente a sus ojos. Caminaron hasta agotarse nuevamente. Se instalaron provisoriamente dentro de una habitación que poseía restos de muebles muy antiguos, con ellos Alejandro hizo una pequeña fogata que los reconfortó.

Mientras comían, Griselda le habló de esta forma a Alejandro;

- ¿Recuerdas algo antes de llegar aquí?

- Recuerdo que me acosté a descansar y cuando desperté, estaba ya en este laberinto.

Ella hizo una pausa.

- ¿A que te dedicas? ¿Cuál es tu profesión?

- Trabajo en el palacio – respondió él con una sonrisa.

- Yo trabajo en la biblioteca del condado – dijo ella con desdén

- ¿No te agrada tu trabajo?

- No. La verdad es que no.

Permanecieron en silencio unos minutos, mientras contemplaban las lenguas de fuego que se agitaban en el centro de la habitación y que les infundían calor.

- Tienes unos ojos muy bellos, Alejandro.

Él se sorprendió por el halago inesperado. La miró y le habló de esta forma.

- Tú también, mi querida Grisel, posees unos ojos muy bellos. Tus manos son también muy bellas, delicadas y níveas como la nieve... - Algo avergonzado, él dejó de hablar.

- No te detengas, por favor – le susurró ella con una voz muy suave y dulce.

- Me pareciste hermosa desde el primer momento en que te vi. Tu cabello es dorado como el trigo que se agita bajo el viento. Tus manos son bellísimas, tu rostro, tu voz, todo en ti es bello y delicado.

Los ojos de Griselda comenzaron a brillar de una forma delatora, mientras escuchaba a Alejandro

- Ya no necesito ver el mar, pues con mirar tus ojos, veo toda la profundidad y vastedad del océano. Un océano que comienza a llamarme, que conoce mi nombre...

Griselda se incorporó, se sentó sobre la falda de él, lo abrazó por el cuello y lo besó.

Se amaron por primera vez esa noche, custodiados del frío por la fogata que no se consumió hasta que los besos no terminaron, muchísimas horas después.

Cuando despertaron al día siguiente, ella lo miró a los ojos y pronunció estas palabras:

- Si llegara a morir en esta horrible maldición que nos han impuesto, no te olvidarás nunca de mí, ¿verdad? ¿Te olvidarás de tu Grisel?

- No te olvidaré, en tanto me halle entre los vivos y mis brazos se muevan; y si en el infierno se olvida a los vivos, aún allí te recordaré mi amada Grisel.

Se besaron una vez más.

Salieron de la habitación y continuaron por el corredor, sostenidos de la mano, en busca de la tan ansiada salida...

A menudo encontraban raciones y fuentes con agua de tanto en tanto. Antiguos cadáveres proveían de armas, armaduras y ropa a los dos aventureros. La mayoría de las habitaciones estaban vacías, pero algunas contenían muchos artículos que les sirvieron a los dos.

Y a medida que el tiempo pasaba, se conocían cada vez más. Rieron juntos muchísimas veces. Trampas, monstruos, llaves, nuevos corredores y habitaciones, todo eso mezclado con los besos, abrazos, caricias y la pasión de ellos dos.

Así, transcurrieron juntos más de tres años en el laberinto.

3

Doblaron por la esquina sureste y al caminar un corto trecho se encontraron con una habitación cerrada por una pesada puerta de madera negra. Perplejos, la abrieron lentamente.

La habitación, de grandes dimensiones, estaba ricamente decorada, pero su ambiente era tétrico. Una gran cama de ébano esculpida con caras horribles yacía cerca de la pared norte. La cama era ancha, con dosel, y tenía sábanas de seda negra perfectamente limpias, y el dosel, también era negro. Otros muebles de madera oscura incluían un arcón muy ornamentado, una mesita de noche con lámpara de aceite, un estante con libros, un escritorio y un biombo que separaba la parte sureste de la habitación del resto. En las dos esquinas más alejadas de la puerta habían sendas estatuas de piedra gris, de dos metros de alto que representan criaturas compuestas de serpientes retorcidas, gusanos o tentáculos. Junto a una de ellas había una bañera negra de mármol, con un toallero de madera oscura a su lado. Los muros estaban cubiertos de tapices que representan escenas normales de la vida cotidiana de los humanos; una en un castillo, una subasta, una fiesta...

De pronto, un frío terrible, sobrenatural, les caló hasta los huesos.

- Quédate en la habitación – murmuró Alejandro con los dientes apretados, al tiempo que desenfundaba la espada larga.

- Puedo luchar. Quiero acompañarte.

- Este es un enemigo sin precedencia, tu voluntad no es suficiente para soportar el ataque de su mirada. Te paralizaría de terror y morirías allí mismo.

- ¿Cómo sabes tu tanto de estas horribles criaturas?

- Porque ya las he combatido antes en el pasado. Ahora aguarda aquí. Si no regreso, corre por tu vida pues esta criatura maligna te perseguirá. Pase lo que pase, no voltees a verle los ojos; tienen la capacidad de infundir miedo entre otras espantosas habilidades, si el terror que te provoca es lo suficientemente poderoso, podría matarte en el acto.

Griselda corrió hacia el umbral y se ocultó detrás de la puerta. Oyó los pasos de Alejandro alejarse por el pasillo y luego el aullido terrible y aterrador de dos noctámbulos; inmediatamente después, una luz brillante proveniente del pasillo inundó la habitación, el sonido del combate comenzó a martillarle en los oídos. Se dejó caer en el suelo, temiendo por la vida de Alejandro, pues horribles gritos de los combatientes se oían retumbar por todo el lugar. Durante horas sólo escuchó, temblando y llorando, sin valor suficiente como para acercarse al umbral y observar que sucedía.

Finalmente, un lamento desgarrador se oyó y luego sólo hubo silencio. El resplandor que iluminaba la habitación desde el corredor se extinguió lentamente. Le tomó unos minutos a Griselda atreverse a traspasar la puerta; contempló allí a las gigantescas figuras de los noctámbulos caídos y a Alejandro apoyado contra la pared, cubierto de sangre.

- Los he vencido – gimió él. Ella se puso de pie y corrió a su encuentro.

- No iba a dejar que te lastimaran – Le susurró él al oído, mientras el cálido abrazo de Griselda lo reconfortaba. Luego, se besaron tiernamente.

- Tengo la llave que buscábamos, la que nos dará la libertad – Afirmó Alejandro.

- Cada vez estamos más cerca de salir de aquí...

El frío sobrenatural que irradiaba el noctámbulo fue cediendo poco a poco. Con el paso de las horas y las heridas vendadas, Alejandro comenzó a recuperarse. Al cabo de tres días, estaban en condiciones de continuar con el recorrido hacia la puerta final. Al cuarto día y antes de partir, ella tomó un baño y luego Alejandro hizo lo mismo. Ambos se recostaron en la cama; tendido boca arriba, él dejó que Griselda lo besara dulce y apasionadamente.

Se amaron lentamente hasta que agotaron las fuerzas que recién acababan de recuperar...

4

Despertaron al mismo tiempo y se vistieron. Se besaron durante un largo rato y luego ella exclamó:

- Me casaré contigo cuando salgamos de aquí. Nadie me ha cuidado jamás como tu, ni me ha protegido de tal manera. Nadie como tu me ha amado aún en mi peor faceta.

El respondió con una sonrisa.

Los dos, tomados de la mano, siguieron recorriendo el pasillo. Al llevar al final, voltearon hacia la izquierda y se encontraron con el camino cerrado. La pared tenía un tinte más oscuro que el resto de laberinto.

Alejandro la contempló un rato, y de repente los ojos y el corazón se le llenaron de alegría. Tomó a Griselda con ambas manos y la miró a los ojos,

- Esa pared posee una ranura. Si es lo que yo pienso, la salida estará detrás.

- ¡Ay Alejandro, ojala sea cierto! De esa forma, podremos ser libres y vivir juntos por siempre.

Él sonrió, se acercó a la pared e introdujo la llave que había arrebatado a los Noctámbulos. “Siempre hacia la izquierda” – pensó para si mismo; la giró un cuarto de vuelta hacia la izquierda. El sonido de un roce tosco y apagado comenzó a surgir detrás de la pared

Los bloques de la pared finalmente se separaron y dejaron a la vista otro largo corredor; al final de pasillo, alcanzaron a ver una abertura y unos árboles.

Libertad.

Griselda soltó la mano de Alejandro y comenzó a correr hacia la luz

- ¡No! ¡Griselda no te sueltes!

Un hilo imperceptible que cruzaba el pasillo fue cortado en la carrera de la mujer. Inmediatamente, un pequeño bloque de piedra salió disparado desde un muro y golpeó a Grisela en la cabeza, el cuerpo de la mujer cayó al suelo, aturdido. Una pesada malla de acero tachonada con gruesas agujas se desprendió del techo. Alejandro, que había corrido detrás de Grisela, se arrodilló y con las manos detuvo la caída de la trampa. Las agujas le atravesaron los brazos en innumerables partes; la sangre rutilante comenzó a correr copiosamente por las extremidades.

- Levántate.

- ¿Qué? – murmuró ella aturdida

- ¡Levántate y sal de aquí!

- Pero...

- Maldición Grisela, hazme caso por una vez en tu vida.

Griselda se incorporó y, aún mareada, corrió el trecho final hasta la salida. Alejandro hizo acopio de todas sus fuerzas y levantó la malla para poder escapar. Con un estruendo, la estructura de metal completó la caída y se incrustó en el suelo.

Tambaleándose y con los brazos ensangrentados, Alejandro consiguió caminar el último trecho y llegó a la salida. Dio tres pasos y cayó inconciente a los pies de Grisela.

Wallace, el herrero, vio en la distancia a las dos figuras; cuando una de ellas se desplomó, corrió a ayudarlas...

EPILOGO

Alejandro despertó y se encontró en la cama, en una habitación muy bien arreglada.

“Un techo desconocido”- pensó para si mismo.

La puerta se abrió y Griselda entró con pasos leves a la habitación.

Los ojos de Alejandro se llenaron de lágrimas.

- ¡Oh, Griselda!

- Has estado inconciente durante veinte días.

- ¿Cómo estás tu?

- Estoy tranquila. Estoy bien.

La mujer permanecía en el umbral de la puerta. El la notó distante y fría, como una mañana de primavera que aún conserva el frío del invierno, que se niega a ir.

- Las heridas que te provocó la última trampa en el brazo derecho puso en peligro tu vida – Griselda desvió la mirada hacia las flores que había en el marco de la ventana - Los cirujanos debieron amputarte el antebrazo. Vendí todas las armas que traías contigo desde el laberinto para pagar los gastos de tu convalecencia. Sólo quedó esa daga que está allí, sobre la silla.

Alejandro posó su vista el arma distraídamente y luego movió el brazo derecho. Contempló con tristeza el paño, oscuro y sucio por sangre seca, que ahora cubría el muñón.

- Abrazame, por favor – suplicó Alejandro

Griselda guardó silencio unos momentos;

- No quiero. Este mes ha sido muy duro para mí; la pasé muy mal. Me hiciste sentir como una estúpida y una mala persona. Y comencé a pensar que no quiero esto. No quiero esto.

Alejandro parpadeó perplejo. Ella se miró las pálidas manos.

- Estuve inconciente, yo no hice nada para herirte ni hacerte sentir de esa forma

Griselda hizo una mueca de asco. Luego suspiró y pronunció lo siguiente:

- En este tiempo que estuviste dormido, conocí a un hombre.

El corazón de Alejandro comenzó a llenarse de pena.

- Me casaré con él dentro de tres días – prosiguió la mujer.

- Pero ¿Por qué? ¿Qué sucedió para que esto pasara?

- Nada. No sucedió nada. Simplemente siento que pusiste en evidencia mi torpeza dentro del laberinto al rescatarme de cada una de las trampas que activé, y que tenemos diferencias irreconciliables.

Alejandro cerró los ojos.

- Además, ahora te falta un brazo... murmuró ella para sí misma.

El sonido de un golpeteo leve y múltiple que provenía del techo llenó la habitación; un trueno retumbó en la distancia.

- ¿Cómo es él? – preguntó Alejandro

Griselda habló distraídamente

- Es atractivo; me ama. Y creo que yo también.

- ¿Es una mejor persona que yo, verdad?

- No lo sé. Pero tenemos historias similares y gustos en común.

El hizo una pausa y luego exclamó:

- Es mi culpa Griselda. Yo te fallé

- No me llames Griselda; sólo él lo hace. – Los ojos de la mujer relampaguearon de ira en la oscuridad - Y en verdad, no si alguien tiene o no culpa de algo.

Otro trueno retumbó en la recámara.

- ¿Qué será de mí?

Con una mueca despectiva de despreocupación, ella le contestó.

- No sé. Haz tu vida.

Griselda dio media vuelta y se marchó de la habitación y de la vida de Alejandro para siempre.

Alejandro permaneció en silencio, sintiendo como la pena y el dolor le invadía las venas. Por fin, se habló a sí mismo de esta manera:

- Tú eres mi vida... y te la llevas contigo. – Se incorporó y dejó sobre la mesa el anillo real que tenía oculto; el anillo con el sello que lo identificaba como el General de los Paladines del Palacio. Cerró los ojos y un resplandor azul comenzó a cubrirle el cuerpo, al instante el brazo que había perdido comenzó a regenerarse hasta hacerlo por completo.

Acto seguido, tomó la daga que estaba sobre la silla y la hundió en su pecho. Tembló en un espasmo de dolor al sentir el frío y sucio acero penetrar en el corazón.

Todo el calor de Alejandro se desvaneció y su vida se disipó lentamente en la solitaria, oscura y lejana habitación.

FIN